

Antónimos de guerra

María Mónica Gómez Salas y Sarita Noreña Ospina

Los estigmas y prejuicios de quienes no han vivido jamás la guerra moldearon un barro compacto y fino que, en cuestión de segundos, se rompió. La vimos por primera vez sentada en aquel quiosco del parque de San Carlos, un municipio del Oriente de Antioquia, fumando un cigarrillo y tomando un café de greca. Una sonrisa de bienvenida nos habló de paz, de la que domina su vida y de la que, con ayuda de sus coterráneos, ha establecido en este rincón del departamento. Pastora Mira García convirtió el dolor ocasionado por el asesinato de su padre, esposo y dos hijos, en una viga de hierro que le ha permitido mantenerse en pie y asumir como propias luchas ajenas.

El 22 de marzo de 2016 conocimos a un municipio que estuvo a punto de desaparecer y que, gracias a la tenacidad de sus habitantes, hoy está lleno de vida y calma. Con el calor de las 2:00 de la tarde, percibimos a un símbolo que reposa en un costado del parque, se trata del Jardín de la Memoria, una red de historias que muestra un pasado marcado por la violencia y un presente empapado de reconciliación y retorno. Cada hoja de acrílico representa a una víctima de esta guerra que no conoció los límites y las proporciones. Los grupos armados ilegales les arrebataron la dignidad, pero fueron incapaces de borrar la resistencia y el empoderamiento de los sancarlitanos.

Pastora, con amabilidad, nos brindó hospedaje en su casa ubicada a una cuadra del parque. Así lo hizo dieciséis años atrás con decenas de campesinos que huían de las diferentes veredas de San Carlos, hostigados por los grupos armados que buscaban apoderarse de sus tierras y animales para darle continuidad a su guerra auspiciada por la irregularidad del estado. *“Tratábamos de ayudarles a aquellos que venían con las manos vacías y el corazón roto, utilizaba el solar para que ellos guardaran las pocas pertenencias que traían y algunos animales”*.

A lo largo del Siglo XIX Colombia vivió un periodo conocido como la violencia, en el que se enfrentaron los adeptos de los partidos liberal y conservador. Esta lucha finalizó a mediados de la década de los 60, dejando un saldo de más de 200.000 muertos y la migración forzosa de más de dos millones de personas. Pese a que la paz parecía estar cerca, una supuesta idea de progreso se convirtió en una nueva historia de desplazamiento para San Carlos. La construcción de las centrales hidroeléctricas en el Oriente de Antioquia fue una bandera de

desarrollo, que del otro lado, ondeaba una historia de desarraigo e injusticia social. Tras este hecho, nuevos actores armados comenzaban a apoderarse del territorio. En este municipio los primeros síntomas, del que más adelante se convertiría en un cáncer que hizo metástasis, fueron los asesinatos de varios líderes sociales a manos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que demostraban, una vez más, que los argumentos seguían siendo enfrentados con las armas y las ideas silenciadas con balas de ignorancia.

La historia de Pastora y sus antepasados caminó al compás de las diversas manifestaciones de violencia. Su abuelo, el liberal, Francisco Luis Mira fue asesinado por la ‘chusma’ conservadora, un grupo de bandoleros que, en épocas del bipartidismo, perseguía a los contrarios. Este hecho obligó al desplazamiento de los hijos de Mira, sin embargo, el padre de Pastora, Francisco Mira Zuluaga, se rehusó a dejar sus tierras. Esta actitud desató la furia de los violentos y le ocasionó la muerte. La inagotable fortaleza de Pastora apareció el mismo día que perdió las esperanzas de una vida en paz, justo cuando su padre fue decapitado en su presencia. Este hecho desnudó antes sus ojos a una sociedad perversa e inequitativa.

Las historias que ha dejado la guerra son subjetivas, están llenas de particularidades y amarguras, pero en ellas existen una serie de causas y consecuencias que se han convertido en lugares comunes, entre ellos están detonadores como la miopía del estado y la injusticia social y efectos como el desplazamiento, la violencia sexual y la desaparición forzosa.

Pasamos del calor de San Carlos, al frío de Rionegro. En abril, días después de nuestro encuentro con Pastora, lo vimos recostado sobre la fachada de la Casa de la Cultura. Tenía su improvisado puesto de trabajo bastante organizado, los frijoles que vende a 5.000 pesos estaban pesados y empacados, los aguacates se exhibían, brillantes, en una canasta roja, y los tomates de aliño estaban empacados en bolsas transparentes. Su alegría es contagiosa, con un apretón de manos aceptó contarnos su historia. Luis Alfonso Guzmán Ramírez llevaba una vida tranquila en San Carlos, junto con su familia trabajaba la tierra y criaba animales. Sin embargo, un domingo del año 1959, la violencia cobró significado y se apoderó de su vida. La misma guerra bipartidista que asesinó al abuelo y al padre de Pastora Mira, los hostigó. La ‘chusma’ conservadora atacó su casa con piedras y machetes y obligó a su padre a abandonar la tierra que por tantos años había cuidado. *“Es muy duro salir, pero prefería ver a mi papá en Rionegro, que en San Carlos en un cementerio”*. Por ser el mayor, en sus hombros recaía la responsabilidad de cuidar de sus hermanos y seguir la tradición de su padre. Por un año

batalló solo, enfrentando la violencia e intentando no desfallecer, pero su lucha fue en vano. En 1960 optó por vivir, *“vendí los cinco animales que teníamos por lo que me ofrecieron y le dejamos la finca a la ‘chusma’”. Llegar a Rionegro fue muy difícil, veníamos de una tierra caliente, que ya conocíamos, a una parte fría, a volver a empezar”*. Las necesidades vitales no daban espera, comenzaron a escribir una nueva historia cargando bultos en la plaza de mercado. Llegaron nuevas oportunidades y hasta hoy se ha mantenido en pie, gracias una viga de fortaleza, vendiendo frutas y verduras en una esquina del parque de Rionegro.

Cuando finalizó la guerra bipartidista, una nueva historia de violencia se comenzaba a fraguar. A partir de 1980 San Carlos se convirtió en un gran frente de guerra disputado por las FARC y el ELN –Ejército de Liberación Nacional-. En 1988 el Bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia ingresó por el Magdalena Medio con la intención de erradicar a los grupos guerrilleros y de liberar al territorio de su influencia, labor que dentro de los preceptos lógicos debería estar en función de las fuerzas militares.

Los civiles fueron las víctimas de este enfrentamiento, cualquier sospecha que los involucrara con alguno de los actores armados los convertía en víctimas de crímenes de lesa humanidad. Infundir miedo en los habitantes de San Carlos fue la gran estrategia de guerra plasmada en la mente de los guerrilleros y paramilitares. El saldo es doloroso, según cifras del Centro Nacional de Memoria Histórica, en San Carlos entre 1988 y 2010 se perpetraron alrededor de 33 masacres, en las que se asesinaron aproximadamente a 219 personas. Además se registraron 156 desapariciones forzadas. 78 personas fueron víctimas de artefactos explosivos improvisados sembrados en los campos y cerca de 20.000 personas, de las 25.840 que habitaban el municipio fueron desplazadas.

La población civil temía salir a la calle, en el parque y las zonas más concurridas ya no se oía a los niños jugar y a los adultos departir, los únicos sonidos eran los de las balas y los de las voces de los comandantes planeando el destino de un municipio que no les pertenecía. Pastora Mira, junto con otros líderes sociales, comenzaron a movilizarse con el deseo de resistir a este enfrentamiento. La desobediencia civil fue su arma y demostraron que a partir de pequeñas iniciativas, se podían alcanzar grandes resultados. Uno de los hechos que hablaba de resistencia se dio en una cuadra céntrica, a escasos metros del parque, donde jugaban parques, naipes, tute, dominó y todas las rondas de mesa, con el fin de olvidar, por algunos minutos, la crueldad de la guerra. Así el municipio comenzó a luchar por la soberanía

que creían perdida. No se dejaban intimidar, pese a que cuidaban su vida, se declaraban en rebeldía y se negaban a aceptar órdenes.

El calor ya hacía sus estragos, la ropa se pegaba al cuerpo y algunas goteras de sudor recorrían nuestros rostros. Salimos de la casa de Pastora y emprendimos el camino hacia el CARE- Centro de Acercamiento y Reconciliación- institución dirigida por Pastora, que nació tras el movimiento de resistencia y desobediencia civil. Lo que antaño fue un comando paramilitar ahora es una edificación de esperanza, pasó de ser la casita del terror a un centro que simboliza el perdón, como bases para la construcción de la paz interior y colectiva. En este lugar cada símbolo es una protesta, una súplica por la no repetición. Como si se tratara una cenefa, observamos una serie de dibujos plasmados en las paredes blancas. Estos retratan la violencia y se tiñen de rojo, en alusión a la sangre derramada por cientos de víctimas. Estas representaciones se han convertido en el insumo para la creación de memoria y perdón.

La reconstrucción de la edificación donde funciona el CARE, y otras asociaciones productivas, facilitó la transformación de los imaginarios de los habitantes. El trabajo conjunto entre los reinsertados y las víctimas, se convirtió en el primer eslabón que les permitió una cadena llamada paz. Juntos crearon murales, dibujos y manualidades que adornan la casa y la llenan de simbolismo. Las víctimas, entre ellas Pastora Mira, han tratado de borrar las huellas de la guerra a partir de la recuperación de la dignidad y la identificación de las secuelas que deja el conflicto. *“Vencimos al miedo, a esa discapacidad que cubre todo el cuerpo humano y recuperamos el gran bastón de la sociedad que se llama confianza hacia la institucionalidad”*.

El conflicto siempre muestra dos caminos, uno de ellos exige devolverse al pasado con un sesgo, buscando herramientas para robustecer el rencor y la venganza. Por otro lado, está el camino del perdón, de la fortaleza y de la construcción de la paz. La violencia tiene múltiples significados, para nosotras era lo que los medios de comunicación, manipulados por sus intereses ideológicos, nos mostraban. Para Pastora Mira y Luis Alfonso Guzmán, la guerra ha sido el fin, el desarraigo y el dolor, pero también un inicio, un punto de partida para luchar.

En 2012 los colombianos conocieron que se estaban dando unos encuentros exploratorios entre el gobierno colombiano y las Farc, para poner fin al enfrentamiento, desde este momento una gran mayoría de los ciudadanos descargaron su responsabilidad en la

negociación. La opinión pública estaba más dividida que nunca, algunos aseguraban que con una firma bastaba para alcanzar ese estado ideal, otros eran escépticos. La realidad es que la paz, como antónimo de la guerra, se construye desde el día a día, a partir de la reconciliación y del reconocimiento de los derechos del otro. *“Creo que debemos vivir en paz. La violencia nunca se acaba porque siempre van a haber roces. No podemos aceptar que unos trabajen por la paz y otros por la guerra, debemos hacerlo juntos”*, expresó Luis Alfonso Guzmán, al tiempo que vendía, a un de tantas clientas, un kilogramo de frijol.

En las aulas, en las cafeterías y en los parques se escuchan voces de venganza, pero ¿cuántas de estas personas han padecido en carne propia la guerra? Seguro no saben de la lucha que han emprendido personas como Pastora Mira, quien hizo del dolor un arma para enfrentar a una sociedad invadida por sentimientos de odio. La democracia ha sido la base del que hoy conocemos como CARE. Los encuentros ciudadanos y en sí, todo tipo de movilizaciones sociales, han sido el soporte de esta paz que hoy viven los habitantes de San Carlos.

El camino ha estado lleno de espinas e intentos de revictimización, pero los sancarlitanos han aprendido de Pastora, que cada intento de anular sus acciones debe fortalecer esa viga de esperanza que les permite mantenerse en pie. *“Cuando empezamos el primer proyecto de reconstrucción del tejido social con las víctimas y los victimarios, muchas personas decían que esta idea no podía ser. Ellos creían que era más legítimo que las víctimas se siguieran llenando de odio en vez de buscar espacios donde se pudieran sanar unos y otros”*. expresó Pastora Mira, mientras nos enseñaba la galería de la memoria ubicada en la sede del CARE.

Está claro que la movilización social y el cumplimiento de los deberes ciudadanos, son la única garantía para la construcción de la paz. Debemos reconocer que nuestro estado siempre ha sido miope y ha trabajado en la defensa de los intereses de unos pocos, pero esta desventaja, más que otro insumo de la indignación pasiva, debe ser el motor que nos impulse a exigir la igualdad, la justicia social y el reconocimiento de los derechos. El retorno a la vida es la gran lección que dejan los sancarlitanos para Colombia, se convierte en un modelo que todos debemos imitar para alcanzar ese estado ideal que llaman paz. *“El tiempo nos ha dado la razón y la reconciliación se ha visto como un camino hacia la vida”*, concluyó Pastora Mira, mientras terminaba nuestro recorrido por la sede del CARE, un espacio simbólico que pasó de ser un espacio violento, a un fortín de la paz. Así construimos una perspectiva de la guerra, ahora más sólida que el barro.